

# ANALISIS Y DEBATE

## Partidos inesperados

**La institucionalización del sistema de partidos en un escenario de post colapso partidario. Perú 2001-2011.**

*Carlos Meléndez*

**Agosto 2012**

**FRIEDRICH  
EBERT   
STIFTUNG**

Oficina en el Perú

Los artículos y estudios publicados en la serie "Análisis y Debate" son de exclusiva responsabilidad de sus autores y no reflejan necesariamente el pensamiento de la Fundación Friedrich Ebert. Se admite, previa autorización, la reproducción total o parcial de los trabajos, a condición de que se mencione la fuente.

## Partidos inesperados

### **La institucionalización del sistema de partidos en un escenario de post colapso partidario. Perú 2001-2011.**

*Carlos Meléndez<sup>1</sup>*

Las elecciones generales del 2011 en el Perú cierra un ciclo de una década de resultados electorales que permiten cuestionar aspectos centrales de la literatura especializada. El sistema político peruano ha sido caracterizado como una democracia sin partidos (Levitsky and Cameron 2003), con organizaciones políticas que son sobre todo vehículos personalistas de exigua esperanza de vida, donde resulta una exageración siquiera hacer una referencia a “sistema” alguno y es apenas una constelación de organizaciones políticas sin sistema (Sánchez 2009). La alta volatilidad, la fragmentación y atomización políticas, y el personalismo de la política peruana justifican este tipo de argumentaciones. Sin embargo, poco se ha avanzado aún sobre cómo funciona efectivamente una política de estas características.

En el presente texto propongo volver a examinar las etiquetas conceptuales a las que se ha hecho referencia. El resultado es inesperado ya que logra contradecir algunos sentidos comunes pesimistas sobre la extinción partidaria. Si bien es cierto no se ha consolidado un sistema de partidos institucionalizado en el país, la evidencia empírica muestra que el sistema peruano no puede seguir siendo considerado como un sistema embrionario (Cotler 1995) y que podría estar en medio de un proceso de recomposición. La volatilidad electoral ha disminuido considerablemente, los vínculos políticos predominantes son ideológicos a pesar del personalismo de la política, la legitimidad del sistema en su conjunto no se ha debilitado, e inesperados actores que solían ser anti-partidarios, como el fujimorismo, llevan la vanguardia en la formación de identidades políticas, conjuntamente con la subsistencia de identidades de larga data como la aprista. Utilizando el debate sobre institucionalización del sistema de partidos (Mainwaring y Scully 1995), presentaré el actual proceso de reinstitucionalización de un sistema de partidos en un escenario de post-colapso partidario.

---

<sup>1</sup> Candidato a Doctor en Ciencia Política por la Universidad de Notre Dame (Indiana, Estados Unidos). Para este documento contó con la asistencia de Paolo Sosa en la recopilación de información. Agradezco los comentarios de Fernando Tuesta, Javier Barreda y Juan de la Puente a versiones preliminares del texto. Asimismo a la Fundación Ebert por la socialización de este texto con políticos y analistas, y por su apoyo para la elaboración del mismo.

## **Escenario post colapso partidario y post autoritarismo**

El Perú transita un escenario posterior al colapso del sistema de partidos que coincide con el final de un periodo autoritario. Ambos antecedentes –post colapsos y post autoritarismo-- imponen severas dificultades a la política partidaria, sobre todo cuando los partidos que solían dominar el sistema previo al derrumbe del sistema han desaparecido prácticamente o exhiben demasiadas muestras de debilidad. Es un contexto en el que hay que formar partidos prácticamente de la nada, y luego de un periodo de prédica anti política y anti partidaria (promovidos por el fujimorismo), se dañó severamente las confianzas de la ciudadanía en estas organizaciones. Si a ello le sumamos los retos propios de una nueva estructura social y tecnológica, efectivamente existen pocos incentivos y capacidades para construir nuevas estructuras políticas que sean atractivas para la ciudadanía.

La literatura especializada ha señalado la particular infertilidad de la política peruana para albergar partidos enraizados, institucionalizados, y que conformen un sistema. La política peruana ha sido caracterizada como “un sistema atomizado de política centrada en los candidatos” (Levitsky y Cameron, 2003). Siguiendo esta línea de razonamiento se prevé que las nuevas organizaciones que surjan “tenderán a estar débilmente estructuradas, con bases electorales fluidas y escasos vínculos con la sociedad” (Levitsky y Cameron, 2003, p.26). De acuerdo con los análisis históricos-estructurales, las posibilidades para reconstruir partidos políticos en el Perú son muy escasas, y los analistas referidos lo sentencian fríamente: “la era de los partidos socialmente enraizados ha finalizado”.

Del mismo modo la posibilidad de institucionalizar un sistema partidario es mucho más lejana. La teoría de la institucionalización de los sistemas partidarios ha catalogado al Perú como, en el mejor de los casos, un “sistema embrionario” (Mainwaring y Scully, 1995; Mainwaring y Torcal, 2006) o como “una constelación de organizaciones políticas que no llegan a conformar un sistema” (Sánchez, 2009). De acuerdo con esta teoría, un sistema institucionalizado debe cumplir con los siguientes cuatro requisitos: estabilidad entre los actores principales (expresados en bajos niveles de volatilidad electoral), enraizamiento de los partidos en la sociedad (medido en términos de vínculos ideológicos-programáticos predominantes sobre los vínculos personalistas), una alta legitimidad del sistema político (medido en la confianza del electorado a los actores y a las reglas de juego políticos), y en una

sólida organización partidaria (medida en identidades políticas identificables y arraigadas socialmente).

Sin embargo, si tomamos como referencia estos mismos indicadores empleados para catalogar como embrionario el sistema peruano, a la luz de los resultados electorales de la última década, encontramos evidencia de que, a pesar de las limitaciones propias de una democracia sin partidos, hay elementos para sostener que la caracterización previa ya resulta desfasada. En este texto mostraré la reducción de la volatilidad electoral, la predominancia de los vínculos ideológicos a pesar del personalismo de las candidaturas presidenciales, una recuperación de la legitimidad del sistema político y --vaya sorpresa-- la formación de identidades políticas impulsadas por actores insospechados como el fujimorismo.

### **Institucionalización del sistema de partidos.**

Un sistema de partidos es el conjunto de al menos dos partidos que interactúan en formas estructuradas. Como se sabe, los sistemas de partidos pueden clasificarse no solo por el número de partidos relevantes o por la polarización ideológica (Sartori, 1969), sino también por el nivel de institucionalización (Mainwaring y Scully, 1995). Especialmente en democracias jóvenes, la institucionalización es una dimensión política de interés central. Se refiere al proceso por el cual dichas organizaciones se convierten en parte del establishment, son conocidas y aceptadas por el electorado y las élites políticas. Un sistema de partidos institucionalizado es uno en el que los actores pueden desarrollar expectativas y comportarse basados en la premisa de que las reglas de la competencia política se cumplen y que van a ser respetadas en un futuro cercano (Mainwaring and Torcal 2006). De este modo, en un sistema de partidos institucionalizado, se espera estabilidad en cuáles son los partidos principales y en cómo se comportan.

Como ya se indicó, la institucionalización del sistema de partidos puede ser medido en base a cuatro dimensiones. La primera se refiere a la estabilidad en los esquemas de competencia partidaria. La volatilidad electoral ha sido empleada como un eficiente indicador de esta dimensión. La segunda se refiere al nivel de enraizamiento en la sociedad de parte de los partidos. Los ciudadanos tienden a identificarse con partidos políticos –con sus marcas

políticas, especialmente—básicamente en términos ideológicos. En un sistema de partidos institucionalizado, los electores eligen sus preferencias en base a cuáles representan mejor sus posiciones programáticas y no en base a atractivos personalistas. Una tercera dimensión de institucionalización se refiere a la legitimidad de los partidos. En un sistema institucionalizado, las elites políticas y los ciudadanos ven a los partidos como partes necesarias de la democracia política. Cuando los electores apoyan la política partidaria y votan por legítimos competidores democráticos, el sistema cobra mayor legitimidad. Finalmente, personalismo debe ser débil en un sistema de partidos institucionalizado. Bajo estas condiciones, las organizaciones políticas no están subordinadas a los intereses de líderes ambiciosos. Por el contrario, partidos políticos deben desarrollar organizaciones independientes y autónomas de la arbitrariedad de los líderes.

Los sistemas de partidos pueden ser ubicados a lo largo de un continuum de institucionalización. En un extremo, los sistemas de partidos institucionalizados son caracterizados por su baja volatilidad electoral, con partidos que tienen fuertes vínculos con la sociedad, con una legitimidad política alta, y con organizaciones partidarias bien desarrolladas. En el otro extremo, los sistemas de partidos son caracterizados por su bajo nivel de institucionalización, es decir fluidos. Los sistemas fluidos o embrionarios tienen altos niveles de volatilidad, vínculos débiles con la sociedad, baja legitimidad y son dominados por líderes personalistas. El caso peruano ha sido normalmente un ejemplo de este último extremo.

Las recientes revisiones a esta literatura han llamado la atención sobre dos puntos. En primer lugar, es importante especificar las diferencias entre un sistema de partidos embrionario y una constelación de organizaciones políticas que no llegan a ser un sistema. La volatilidad electoral de un sistema embrionario es intra-sistémica. Es decir, la fluctuación en las preferencias electorales se da entre los principales miembros del sistema. Por otro lado, las constelaciones de organizaciones que no llegan a ser sistema exhiben una alta volatilidad extra-sistémica, es decir que son nuevas y pequeñas organizaciones políticas que abruptamente se convierten en grandes y logran instantáneos éxitos electorales (y viceversa). De este modo, en las configuraciones no-sistemas (como sería el caso peruano) la identidad de los partidos principales está en constante cambio basado en una volatilidad estructural (Sánchez 2009). Considerando el continuum propuesto por Mainwaring y Scully, podemos

añadir a los no-sistemas con un caso extremo y de menor “institucionalización” aún al de los sistemas embrionarios.

En segundo lugar, nueva evidencia a partir del caso chileno muestra que las cuatro dimensiones de institucionalización del sistema de partidos no están necesariamente alineadas positiva y linealmente como la literatura ha asumido. Luna y Altman demuestran que un sistema de partidos puede estar no homogéneamente institucionalizado: estable a nivel de las elites (baja volatilidad) y desconectada de la sociedad (débil enraizamiento) simultáneamente. No “todas las buenas cosas vienen juntas” en el caso de las dimensiones de institucionalización (Luna and Altman 2011).

En la siguiente sección, describiré el sistema de partidos peruano basándome en las dimensiones propuestas por la literatura reseñada. La evidencia sugiere que aún bajo circunstancias de desinstitucionalización, es posible superar los obstáculos contextuales y construir organizaciones políticas. El caso peruano no puede seguir siendo considerado como un sistema embrionario.

**Cuadro 1. Dimensiones de la institucionalización de sistemas de partidos**

<b>Dimensiones</b>	<b>Institucionalizado</b> <i>(Mainwaring y Scully, 1995)</i>	<b>Embrionario</b> <i>(Mainwaring y Scully, 1995; Mainwaring y Torcal 2006)</i>	<b>Constelación de organizaciones sin sistema</b> <i>(Sánchez, 2009)</i>	<b>Peru 2001-2011</b>
Volatilidad	Baja	Alta	Alta (extra-sistémica)	Disminuido considerablemente
Enraizamiento en la sociedad	Alto	Bajo	Bajo	Vinculos ideológicos predominantes
Legitimidad	Alta	Baja	(Bajo)	Mediana
Organización partidaria	Fuerte	Débil	Débil	Formación de identidades políticas

Elaboración propia

## **Medición de la institucionalización del sistema de partidos para el periodo 2001-2011**

En una “democracia sin partidos políticos”, la literatura predominante no esperaría ciertos “outputs” como: una reducción de la volatilidad electoral, un alto componente ideológico como base de los vínculos políticos, un sistema político legitimado y la formación de identidades políticas. Efectivamente, si predominan las organizaciones personalistas, que son básicamente vehículos electorales de efímera existencia, hechas para la coyuntura electoral y a la medida del cliente, se esperaría la continuidad de altos niveles de volatilidad electoral.

En segundo lugar, si la articulación de estas organizaciones es la personalidad de las candidaturas presidenciales, que son el eje de la política mediática, se esperaría que las elites apelen a los electores a través de despertar identificaciones personalistas antes que identificaciones con programas o plataformas de gobierno bien definidas ideológicamente. De acuerdo con Aldrich (1995), solo partidos organizados logran resolver problemas de elección social: crear plataformas programáticas identificables por el electorado. Estas organizaciones personalistas no podrían hacerlo.

En tercer lugar, la ausencia de partidos orgánicos con presencia en el Legislativo y en los gobiernos subnacionales decrece las posibilidades de “accountability horizontal”, y genera una imagen de ineffectividad que afecta el apoyo ciudadano. Ante un Estado débil en la prestación de servicios eficientes a su ciudadanía y una ola de conflictividad social creciente, la sensación de crisis de representatividad se expande y deslegitima el sistema en su conjunto.

Finalmente, al no haber partidos sino “personalismos electorales” es muy difícil construir etiquetas partidarias (“party labels”) que permitan movilizar a sus seguidores. Nuevamente según Aldrich (1995), solo partidos estructurados pueden permitir resolver problemas de acción colectiva y ser maquinarias políticas eficientes. Sin identidades no hay cohesión, y esta tarea sería impracticable. Los resultados de las últimas elecciones permiten ver un proceso de una década en el que estos sentidos comunes empiezan a ser cuestionados.



**Cuadro 2. Predicciones de la teoría**

<b>Problemas</b>	<b>Argumento</b>
Inestabilidad política	Organizaciones políticas efímeras
Personalismo > Ideología	Problemas de elección social
Legitimidad débil	Crisis de la representación democrática
Ausencia de identidades políticas	Problemas de acción colectiva

Fuente: elaboración propia.

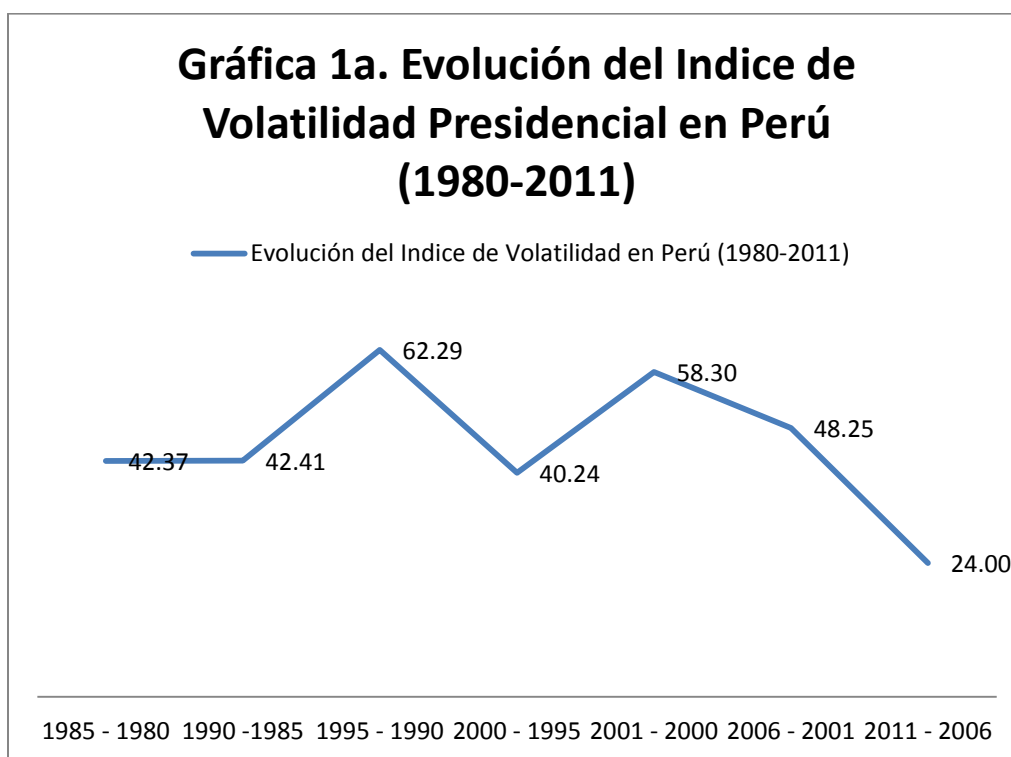
### *1. Disminución de la volatilidad electoral*

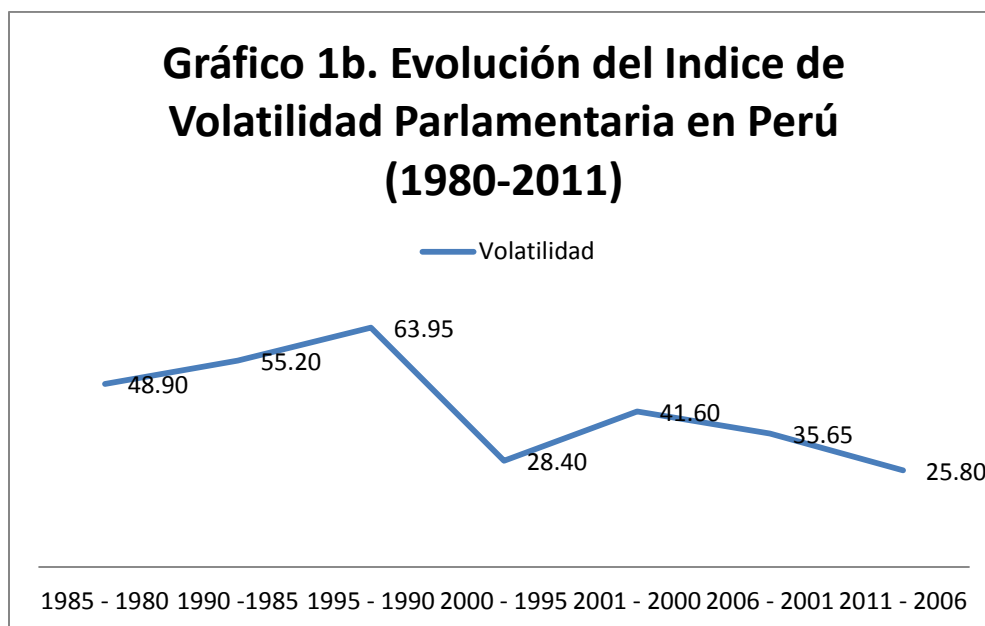
Estamos de acuerdo que en el Perú no existe un sistema de partidos como manda la teoría, pero eso no significa que no existan algunos funcionamientos propios de un sistema. El sistema político peruano fue, hasta hace poco, muy sensible a la incursión exitosa de outsiders electorales (por ejemplo, Alberto Fujimori en 1990), pero en la última década se ha consolidado un establishment de actores políticos que guarda poco espacio para la sorpresa. Los últimos 3 presidentes (Ollanta Humala, Alan García y Alejandro Toledo) han sido candidatos presidenciales al menos 2 veces en la última década y los candidatos presidenciales debutantes no son desconocidos para la política peruana (Keiko Fujimori, Pedro Pablo Kuczynski). El hecho que no existan partidos, no significa que no haya una arena política claramente identificable, con actores que encuentran en ella una trayectoria política propia basada en el acceso a la administración pública, ya sea en cargos elegidos (e.g. Luis Castañeda Lossio como alcalde de Lima en 2 oportunidades) o como miembros del Ejecutivo (e.g. PPK como Presidente del Consejo de Ministros de Alejandro Toledo). Precisamente dicha trayectoria, permite que el electorado peruano tenga información sobre las posiciones de estos personajes, y utilice claves ideológicas para guiarse y formarse su preferencia, cuando se esperarían que en realidad solo lo hiciese por atractivos personalistas.

Esta suerte de establishment electoral sin partidos tiene un impacto en el declive de la volatilidad electoral en el país<sup>2</sup>. Hasta el año 2001, el promedio de la volatilidad electoral en elecciones presidenciales en el Perú era de 51.1% y luego de las dos últimas elecciones se ha reducido al 48.25% en el 2006 y al 24% en el 2011 (Gráfico 1a). La revisión de la volatilidad producto de elecciones parlamentarias ha producido resultados similares: una reducción de la

<sup>2</sup> Por volatilidad electoral me refiero al porcentaje de votantes que modifican sus preferencias políticas de unas elecciones a otras. El cálculo se deriva de sumar el cambio neto de votos ganados o perdidos por cada partido entre una elección y la siguiente, dividida entre dos.

volatilidad al 35.65% (2006-2001) y al 25.8% (20011-2006) (Gráfico 1b). Es decir, inclusive por debajo de los niveles alcanzados durante la década del ochenta (cuando el sistema partidario gozaba de mayor fortaleza) y, visto en perspectiva comparada en América Latina, de menor magnitud que la volatilidad colombiana y argentina. El resultado es una estabilidad electoral sin partidos.





## 2. Predominio de los vínculos ideológicos

El enraizamiento de los partidos políticos en la sociedad se expresa a través del predominio de vínculos entre partidos y electores en el sistema político. Donde los partidos tienen raíces fuertes, el electorado tiene más posibilidades de sentirse conectado con ellos en base a consideraciones ideológicas o clientelares. Los electores eligen las etiquetas partidarias porque representan sus preferencias programáticas o porque se benefician de una maquinaria política bien estructurada. Con respecto a las consideraciones ideológicas, según Mainwaring y Torcal (2006), los vínculos programáticos son medios importantes de estabilizar la competencia electoral. Por lo tanto, en sistemas poco institucionalizados debemos esperar conexiones programáticas débiles.

Los electores no deciden sus preferencias electorales basándose exclusivamente en un tipo de vínculo político. De acuerdo con la literatura, existen tres tipos de conexiones entre las elites políticas y los ciudadanos: vínculos ideológicos-programáticos, clientelares y personalistas (Kitschelt 2000). Sin embargo, es metodológicamente difícil descomponer qué parte del voto corresponde a razones programáticas y cuál a criterios no-programáticas. Además, partidos políticos institucionalizados implican que sus componentes ideológicos y sus estructuras clientelares se encuentren bien desarrolladas y, consecuentemente, los atractivos personalistas decrezcan en importancia. Si una organización partidaria ha desarrollado más

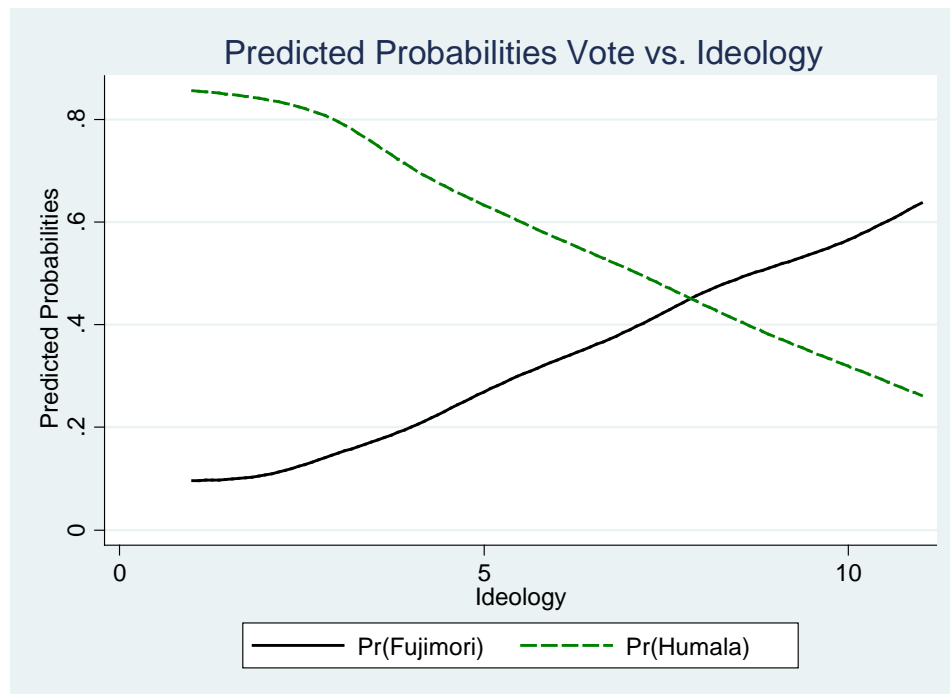
su discurso ideológico y su identificación política, se espera que los atractivos personalistas influyan menos.

En un contexto político centrado en los candidatos antes que en organizaciones, como es el caso peruano, donde el personalismo está expandido, los vínculos ideológicos deberían tener una importancia secundaria. Sin embargo, la evidencia muestra que el electorado peruano no solo identifica claramente a los candidatos presidenciales en términos ideológicos (aunque no hayan desarrollado siquiera un mínimo de organización) sino también que la ideología es el mejor predictor del voto en comparación con las consideraciones clientelares y personalistas. Primero, es posible trazar una evolución en la importancia de la ideología al momento de discernir preferencias entre las candidaturas presidenciales. En un contexto de colapso del sistema partidario, los electores no identificaban diferencias o matices ideológicos al momento de ubicar candidatos presidenciales en el convencional continuum (1 como extrema izquierda y 10 como extrema derecha). Por ejemplo, en relación a las elecciones presidenciales de 1995, los encuestados identificaban a Alberto Fujimori en la ubicación 7 (en promedio), mientras que al candidato Javier Pérez de Cuéllar en 6.9 (en promedio), dentro de esta escala (Apoyo Opinión y Mercado, 1995). La situación se repite inclusive bajo circunstancias de polarización como en el año 2000 (World Value Survey, 2000). Sin embargo, esto ha cambiado considerablemente en las dos últimas elecciones presidenciales en las cuales las diferencias ideológicas estuvieron en el centro del debate. De acuerdo con una encuesta nacional aplicada por el IOP-PUCP (Mayo, 2011), los electores distinguen claramente las posiciones ideológicas de los candidatos presidenciales a lo largo del espectro. Los promedios muestran las siguientes ubicaciones desde la izquierda a la derecha: Ollanta Humala (3.4), Alejandro Toledo (6.1), Luis Castañeda (6.5), Keiko Fujimori (6.7) y Pedro Kuczynsky (7.2). Con respecto a la segunda vuelta, el electorado fue capaz de notar las moderaciones programáticas de ambos candidatos: Humala se movió del 3.4 al 4.0 y Keiko Fujimori desde el 6.7 al 6.3. A pesar que estos candidatos presidenciales carecieron de organizaciones partidarias, fueron capaces de transmitir marcas ideológicas al electorado y atraer a sus seguidores en esos términos.

En segundo lugar, las consideraciones programáticas son los mejores predictores de las preferencias electorales en el Perú en las elecciones presidenciales del 2011 y del 2006. Luego de conducir diferentes modelos logísticos multi-nomiales, encontramos que la auto-ubicación

ideológica del votante es la variable independiente de mayor poder estadístico entre otras relacionadas con vínculos clientelares y personalistas. Controlando por ingreso, educación, género, y sexo del entrevistado, la variable ideológica (así como el ingreso) son los factores independientes más significativos para explicar las preferencias electorales. El incremento de una unidad en el continuum ideológico (lo que significa moverse un punto hacia la derecha) implica el declive de 29% en las preferencias a favor de Keiko Fujimori sobre Ollanta Humala. De hecho, luego del cálculo de las probabilidades predictivas, y manteniendo todas las otras variables en sus promedio, el movimiento hacia la derecha incrementa la probabilidad de votar por Fujimori sobre Humala del 13% (si la auto-ubicación ideológica es 1) al 62% (si la auto-ubicación ideológica es 10).

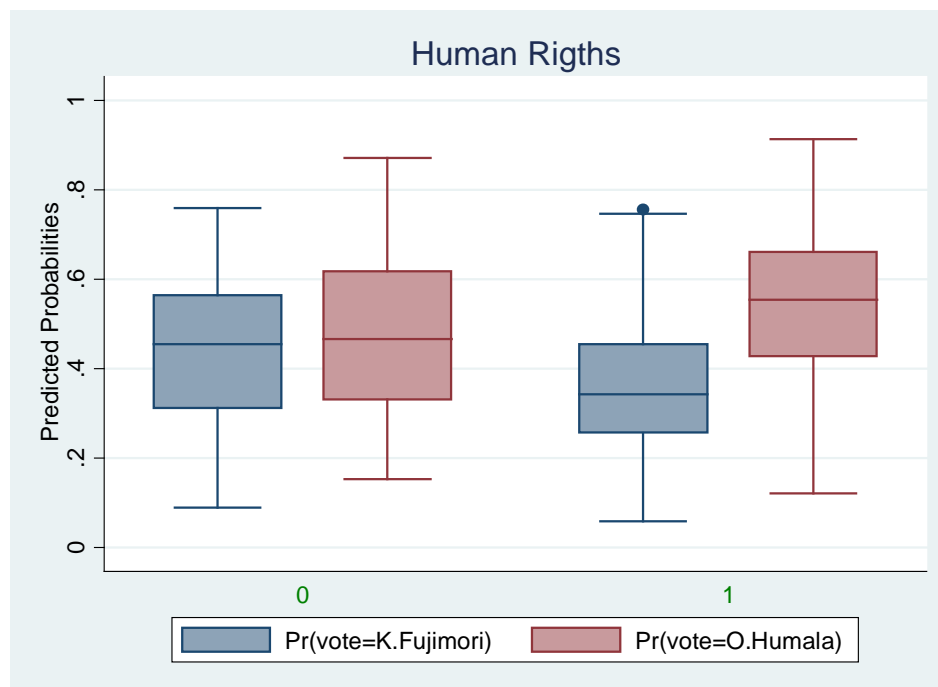
**Gráfico 2. Probabilidades pronosticadas de las preferencias electorales (Humala y Fujimori, segunda vuelta del 2011) con respecto a la auto-ubicación ideológica de los votantes.**



En contextos de definiciones altamente competitivas –como la segunda vuelta del 2011–, las consideraciones programáticas siguen siendo decisivas. Considerados distintos tipos de

atractivos electorales (¿Qué candidatos presidenciales representan mejor “el cambio”, la “mano dura”, la participación del pueblo y la defensa de los derechos humanos?), el último ítem fue la única variable estadísticamente significativa que predice el comportamiento electoral de la segunda vuelta del 2011. Si un elector considera que los derechos humanos deben ser la prioridad para el próximo gobierno, la probabilidad de votar por Fujimori cae del 46 al 34% mientras que las probabilidades de votar por Humala se incrementan del 45 al 55%. Contrario a las expectativas teóricas, los vínculos programáticos e ideológicos se han convertido en las consideraciones más importantes del comportamiento electoral en contextos de ausencia de partidos políticos estructurados y con alta influencia de personalismo en la política. En conclusión, no son los liderazgos o la trayectoria de los candidatos decisivos al momento de la elección, sino su posicionamiento con respecto a temas ideológicos o “issues” que dividen a la opinión pública.

**Gráfico 3. Probabilidades pronosticadas de preferencias electorales (Huamal y Fujimori, segunda vuelta del 2011) en base a las posiciones de los votantes sobre la prioridad (1) o no (2) de los Derechos Humanos para el próximo gobierno**



### 3. Legitimidad del sistema político

En un sistema de partidos institucionalizado, se espera que los partidos y los procesos electorales gocen de altos niveles de legitimidad. La participación electoral ha sido empleada como un indicador de legitimidad política. Por lo tanto, un sistema de partidos legítimo debe implicar altos niveles de participación y bajas proporciones de votos en blanco o inválidos. De acuerdo con estudios previos, la abstención en las elecciones peruanas (al menos en la última década) se encuentra alrededor del 15% del total de votantes registrados. Sin embargo, esto parece deberse sobre todo a problemas administrativos (Tuesta 2010) que a una expresión de desafección política como es el caso de otros países (por ejemplo, Chile).

Complementariamente, el porcentaje de votos en blanco y nulos ha disminuido constantemente en las últimas tres elecciones. Los votos en blanco en la primera ronda electoral han caído del 10.3% en el 2001 al 7.4% en el 2011. En segundas vueltas, la tendencia es similar, es decir un declive de 2.7 en el 2001 a 0.8 en el 2011. Con respecto a los votos nulos, el patrón es similar. Comparando solo las primeras vueltas presidenciales, el porcentaje de voto nulo se ha mantenido entre el 3 y 4% en los últimos 3 comicios, mientras que en segundas vueltas ha caído del 11.1% en el 2001 al 5.5 en el 2011. La comparación con la segunda vuelta del 2000 es clave ya que esa elección es un claro ejemplo de deslegitimación del sistema político, en el que prácticamente un 30% vició su voto como una forma de protesta a las irregularidades de aquellos comicios. Visto el panorama en general, la tendencia en la última década expresa que el electorado peruano ha incrementado su apoyo a alguna organización política antes que preferir abstenerse o protestar en contra de la oferta electoral como sucede en otros países de la región.

**Cuadro 3: Porcentaje de votos blancos y nulos con respecto a la población electoral, 2001, 2006, 2011**

	2000		2001		2006		2011	
	1ra vuelta	2da vuelta	1ra vuelta	2da vuelta	1ra vuelta	2da vuelta	1ra vuelta	2da vuelta
Blanco	5.9	1.2	10.3	2.7	11.9	1.1	7.4	0.8
Inválido	2,3	29.9	3.3	11.1	4.2	7.4	2.9	5.5
Ausentismo	17.2	19.0	17.7	18.6	11.3	12.3	16.3	17.5

Fuente: ONPE. Elaboración propia.

Un segundo indicador sobre la legitimidad de los partidos políticos en su conjunto tiene que ver cuán indispensables son percibidos por la ciudadanía. Latinobarómetro incluye dentro de sus reportes anuales una pregunta que se utiliza frecuentemente como un “proxy” de legitimidad del conjunto de partidos: si se considera que “sin partidos políticos no puede haber democracia” o si “la democracia puede funcionar sin partidos políticos”. De acuerdo con el reporte del 2010, el porcentaje de peruanos que consideran que sin partidos no puede haber democracia es del 66.2% por encima del promedio latinoamericano (59%). Es sintomático que a lo largo de la década, el porcentaje se ha recuperado (llegó a estar en 59%) aunque en ningún caso estuvo por debajo del promedio continental. Como se puede apreciar, los partidos políticos en el Perú son legítimos e indispensables para el régimen para dos tercios del electorado, lo cual puede ser considerado un porcentaje insuficiente; sin embargo éste es siempre mayor al promedio regional.

**Cuadro 4: Importancia de los partidos políticos para la democracia.**

	2001	2002	2005	2006	2008	2009	2010
Sin partidos políticos no puede haber democracia	61.1	66.7	59.7	59.8	60.8	60.4	66.2
La democracia puede funcionar sin partidos políticos	38.9	33.3	40.3	40.2	39.2	39.6	33.8
Total	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0

Fuente: Latinobarómetro

Otro signo de la legitimidad del régimen es el rechazo a alternativas políticas radicales que buscan su participación en política electoral, como es el caso del movimiento de origen senderista MOVAREF. Ningún sistema político está ajeno a la aparición de discursos políticos radicales, desleales con el sistema democrático, que provienen o predicen una ideología en la que la violencia es el medio principal de acceder al gobierno. Sistemas estructurados y de una institucionalidad estable –como es el caso de los sistemas europeos—han afrontado en reiteradas ocasiones la incursión política de este tipo de movimientos, pero han tenido la capacidad de rechazarlos. Las herencias ideológicas no procesadas luego de la transición política y la larga tradición del radicalismo son las fuentes principales que permiten comprender los actuales intentos del MOVAREF de participar activamente en política. Sin embargo, un sistema estable y democrático debe de tener la capacidad de impedir el crecimiento y expansión de este tipo de proyectos políticos. Los sistemas democráticos



legitimados tienen mayores ventajas de hacerlo. El comportamiento del establishment político peruano frente al intento de MOVAREDEF de inscribirse legalmente como organización política y el rechazo en la opinión pública de este intento son la evidencia de un sistema que viene cobrando legitimidad ante la clase política y la ciudadanía, y que no permite que la insatisfacción que existe sobre él adquiere formas violentas o quasi-violentas que puedan potencialmente desequilibrar el régimen democrático en su conjunto. De acuerdo con una encuesta nacional realizada por CPI en Enero del 2012, el 85.5% de entrevistados señaló estar en desacuerdo con que el Jurado Nacional de Elecciones acepte la inscripción de esta organización. Solo un 7.1% aprobaba la eventual inscripción formal que no prosperó. A diferencia de décadas anteriores, en que movimientos subversivos podían ser considerados legítimos (en 1995, una consulta aplicada por la Encuesta Mundial de Valores consideraba que el 54% de peruanos estaban de acuerdo con que partidos políticos extremistas deberían permitirse), en la actualidad hay un consenso muy amplio sobre la defensa de partidos que llevan adelante una prédica democrática y pacífica.

A pesar de lo manifestado, la dimensión de institucionalidad más débil es la referente a la legitimidad del sistema. Aunque encontramos algunos indicadores que permiten pensar la institucionalización de manera positiva, es innegable que el nivel de conflictividad del país es el principal obstáculo para fortalecer la legitimidad del sistema político en su conjunto. En la última década, se ha visto el incremento sostenido de protestas sociales en todo el país, básicamente relacionadas con manifestaciones de oposición a inversiones extractivas en zonas rurales, conflictos municipales y tradicionales pugnas sindicales. Las estadísticas oficiales dan cuenta del aumento del número de conflictos sociales, pero no existen mediciones a nivel individual. De acuerdo con un estudio de opinión pública realizado por el Congreso de la República, con representatividad a nivel de cada una de las provincias capitales de departamento, se encontró que el 17% de peruanos han participado durante el 2010 en al menos una manifestación pública de protesta. Evidentemente las cifras varían a nivel sub-nacional, siendo regiones del interior andino (Ancash, Huancavelica y Moquegua) las de mayor involucramiento a nivel individual, por encima del promedio nacional. Realizado una réplica del estudio dos años después se encontró que el porcentaje se incrementó a un 25% a nivel nacional, manteniendo la incidencia en las regiones mencionadas. Efectivamente encontramos una ciudadanía movilizada activamente en protesta contra la actuación del Estado.

Sin embargo, uno de los hallazgos aparentemente paradójicos del estudio es que la participación en protestas sociales durante el último año aumenta la probabilidad de sentirse representado por los respectivos parlamentarios de su región de origen. A pesar que no existen partidos políticos que encaucen la conflictividad social a través de canales formales de intermediación política, las protestas sociales no parecen cuestionar en el fondo la legitimidad del sistema político en su conjunto, sino problemas puntuales de alcance local o regional. Por el contrario, se produce una suerte de representación contenciosa (Panfichi, 2010) que puede ser aprovechado positivamente por aquellos parlamentarios que se ponen del lado de los protestantes en las causas que motivan las movilizaciones. Si bien en términos generales hay una insatisfacción de parte de un sector de la población que se expresa a través de la conflictividad social, aparentemente la legitimidad del sistema político en su conjunto no se pone en duda. Ello no significa que se pase por alto el nivel de protesta social, sino que sea interpretado por los partidos políticos como una oportunidad de representación. Una protesta es finalmente una demanda social insatisfecha que busca ser representada por la clase política.

#### *4. Formación de identidades políticas.*

Es difícil encontrar indicadores sobre la fortaleza de organizaciones políticas que sean comparables entre países. Por ejemplo, Luna y Altman (2011) proponen, estudiando el caso chileno, fijarse en información cualitativa sobre las redes de brokerage político y patronazgo como una aproximación a esta variable. Consideramos que la fortaleza de las organizaciones políticas puede leerse a partir del valor que gozan las etiquetas partidarias. En un contexto en el que la mayoría se identifica como independientes, resulta difícil que la ciudadanía muestre simpatías sostenibles en un largo periodo de tiempo. Luego de aplicar encuestas sobre identificación partidaria durante los tres procesos electorales más recientes en el Perú (elecciones sub-nacionales de octubre del 2010, elecciones presidenciales primera vuelta en abril del 2011 y elecciones presidenciales segunda vuelta en junio del 2011), las simpatías políticas más estables son las que genera el APRA y el fujimorismo. Un promedio de 5.5% de los encuestados en dichas consultas se consideran simpatizantes del partido de la estrella, mientras que el 14% de encuestados se definen como seguidores del fujimorismo. Los independientes son la mayoría (alrededor del 25% estable), mientras que los restantes varían de acuerdo a la coyuntura electoral en la que se realizó el estudio de opinión.

No sorprende la estabilidad de las simpatías del aprismo ni tampoco la magnitud de su núcleo fuerte. De hecho en las últimas elecciones parlamentarias (recordemos que el APRA no tuvo candidatura presidencial), su votación precisamente fue del 5% del electorado. Pero se trata de una identidad política forjada a lo largo del siglo XX y ha sido, para muchos, el único partido que merece llamarse tal en el Perú.

Lo que sorprende a muchos es que el fujimorismo se constituya en una suerte de proto-partido (Levitsky, 2011): no solo con una ideología claramente identificable que ha demostrado capacidad de movilización electoral, sino que además luego de una década fuera del acceso a recursos estatales, ha logrado construir una militancia basada no solo en el recuerdo de su líder principal Alberto Fujimori (bajo prisión por cometer violaciones a los derechos humanos y actos de corrupción) sino en su propia lectura del país actual. El fujimorismo –que paradójicamente solía despreciar la institucionalización de organizaciones políticas—termina reuniendo todos los elementos propios de un partido: tiene militancia (fujimoristas), ideología (la justificación del autoritarismo y del irrespeto a los derechos humanos en contextos de violencia política y crisis económica), mártires (Alberto Fujimori preso), élites políticas y sucesores del líder (Keiko Fujimori).

Es necesario aclarar que los porcentajes relacionados con las simpatías políticas pueden estar sobredimensionados debido a que las encuestas se realizaron durante contextos de campaña electoral y, por lo tanto, no pueden ser consideradas como una medición precisa. Para una operacionalización más concisa de identificación política, se necesita verificar dos características: una intención de voto coherente en diferentes cargos públicos elegidos vía elecciones en todos los niveles de gobierno (por ejemplo, Legislativo Nacional, administraciones regionales y autoridades locales), y del mismo modo un “anti-voto” o rechazo a un específico emblema político. Hay identidades políticas sí se genera identificación a favor y rechazo, es decir sí se logran mover pasiones que dividían políticamente a la ciudadanía.

En el país, solo los fujimoristas y apristas cumplen con estas dos condiciones. En el caso de los seguidores identificados fuertemente (“hard core supporters”) con el legado de Alberto Fujimori, llegan al 11% a nivel nacional, mientras que los simpatizantes (“leaning

Fujimoristas”) suman un 24%. Por otro lado, los anti-fujimoristas se encuentran alrededor de un 40%. En el caso de los peruanos identificados fuertemente con el aprismo, estos suman el 4%, mientras que los simpatizantes del partido de la estrella (“apristones”) representan el 16% del electorado. Los anti-apristas suman un 56% del total de encuestados. Cuando se indagó por “nacionalistas”, “pepecistas”, y “peruposibilistas”, los resultados fueron incoherentes a lo largo de los distintos puestos de elección popular y el anti-voto fue significativamente menor.

**Cuadro 5: Considerando su formación profesional, ¿votaría por un candidato fujimorista/aprista a los siguientes cargos de elección popular?**

	Fujimoristas				Apristas			
	Congreso	Alcaldía	Región	Promedio	Congreso	Alcaldía	Región	Promedio
Definitivamente votaría	12.04	10.51	10.39	<b>11.0</b>	4.1	3.1	4.0	<b>3.7</b>
Probablemente votaría	25.03	25.16	21.52	<b>23.9</b>	17.6	17.7	13.5	<b>16.2</b>
Probablemente no votaría	17.07	18.22	17.81	<b>17.7</b>	14.5	15.6	15.0	<b>15.0</b>
De ninguna manera votaría	39.94	39.49	38.87	<b>39.4</b>	57.6	56.8	54.8	<b>56.4</b>
No precisa	5.92	6.62	11.41	8.0	6.3	6.8	12.7	8.6
Total	100	100	100	100.0	100	100	100	100.0

Fuente: IOP-PUCP. Encuestas nacionales aplicadas en Junio del 2011 y Mayo del 2011, respectivamente.

El éxito de formar una etiqueta política también depende de su reconocimiento público, es decir de que se construya un estereotipo social fácilmente identificable por la ciudadanía en su conjunto, a favor y en contra, y que se haga referencia constantemente a estas identidades en la opinión pública (Cyr, forthcoming). De acuerdo con las encuestas señaladas, el 85% de los entrevistados tienen una opinión formada sobre el fujimorismo. Coherentemente con las preguntas anteriores, una opinión positiva acerca del fujimorista de a pie está alrededor del 15%: el 16.6% cree que son “buenas personas que buscan lo mejor para el país”. Por otro lado, el anti-fujimorismo se encuentra alrededor del 40%: el 32% considera que los fujimoristas son “ciudadanos que buscan un beneficio particular de la política” y un 7.8% cree que son “fanáticos e intolerantes con los que no son fujimoristas”.

Con respecto a los apristas, el porcentaje que tiene una opinión formada sobre ellos es similar al de los fujimoristas. Un 84.2% es capaz de describir alguna característica del militante aprista. Con respecto a la opinión positiva que despierta el aprista de a pie, solo el 6.8% cree

que son “buenos ciudadanos que quieren lo mejor para el país”. La opinión negativa, por el contrario, suma un poco más del 50%. El 46.1% cree que son ciudadanos que buscan un beneficio personal de la política, mientras que el 7.5% los consideran fanáticos e intolerantes.

**Cuadro 6: Cuál de las siguientes afirmaciones describe mejor su opinión acerca de los fujimoristas / apristas?**

<b>Afirmaciones</b>	<b>Fujimoristas</b>	<b>Apristas</b>
Buenos ciudadanos que quieren lo mejor para su país	16.69	6.78
Buenos ciudadanos pero políticamente equivocados	11.78	11.17
Buenos ciudadanos pero utilizados políticamente por sus líderes	16.18	12.67
Ciudadanos que buscan un beneficio personal de la política	32.68	46.11
Ciudadanos fanáticos e intolerantes contra aquellos que no son fujimoristas	7.83	7.50
No sabe / No contesta	14.82	15.78
Total	100.00	100.00

Fuente: IOP-PUCP. N=2000 (Junio, 2011)

Aunque todavía una mayoría del electorado peruano no se identifica fuertemente con un proyecto político, la persistencia del aprismo, pero sobre todo la emergencia del fujimorismo como identidades políticas fuertes son inesperadas, basados en el predominio de factores que en teoría inhiben la política partidaria. El fujimorismo demuestra que incluso en escenarios de post-colapso, divisiones políticas pueden formarse y que tienen la capacidad de estructurar la competencia electoral. Los resultados de las elecciones presidenciales –y los alineamientos políticos—se explican significativamente por la división entre fujimoristas y anti-fujimoristas. ¿Qué tienen en común el aprismo y el fujimorismo que han podido generar una identidad política fuerte a diferencia de otras alternativas políticas como por ejemplo las progresistas?

Ambas identidades políticas se formaron en contextos históricos muy distintos, pero tuvieron la habilidad de impulsar luchas políticas. En el caso del APRA, su surgimiento estuvo asociado con un discurso anti-oligárquico; su consolidación con una oposición histórica a dictaduras militares; y su desarrollo posterior como un gobierno (primera gestión de García) que aplicó medidas heterodoxas en un contexto latinoamericano donde la tendencia predominante era la apertura al mercado. Estas tres luchas políticas marcaron fuertemente una identidad que, aunque debilitada por los giros programáticos del segundo gobierno, aún subsiste en la

sociedad. En el caso del fujimorismo, su surgimiento estuvo asociado con el rechazo a la clase política denominada tradicional, y una vez en el gobierno consolidó seguidores al líder fundador debido a su lucha contra Sendero Luminoso. La victoria militar sobre el terrorismo en los noventa fue la principal fuente de identificación con esta fuerza política. La marginalización política que sufrió en la transición democrática de inicios de siglo (representantes parlamentarios censurados, ausencia del Acuerdo Nacional) permitió que fuera del acceso al Estado, el fujimorismo encontrara una segunda pugna política afianzadora de identidad.

Paradójicamente, en medio de la alta volatilidad, el elemento eje que permite estabilidad en la constelación de agrupaciones políticas proviene de un actor que fue inicialmente anti-sistémico y que terminó colaborando con el colapso del sistema anterior. El fujimorismo ha generado una división política en el país que trasciende distinciones estructurales como clase social, regionalismos, centro-periferia, urbano-rural o cortes generacionales. La victoria de Humala el 2011 no solo hay que entenderla solamente por méritos del propio candidato, sino por una fuerte identidad política anti-fujimorista. Así como el fujimorismo goza de vitalidad a nivel de un 10-15% del electorado nacional, existe también un anti-fujimorismo muy notorio alrededor de un 40%. Las identidades políticas que tienden a permanecer en la arena política son aquellas que generan pasiones a favor o en contra.

### **Condiciones para la viabilidad de partidos políticos**

Los partidos políticos son, ante todo, organizaciones de ciudadanos que se identifican fervientemente –hacia niveles de movilización— con una causa política. No solo por acuerdos sobre asuntos programáticos, sino además porque representan políticamente una de las partes en una pugna que divide a la sociedad. Tanto el APRA como el fujimorismo, en sus respectivos momentos, han logrado expresar a nivel político una de esas partes en disputa: la democratización social anti militarista de mitad del siglo XX en el caso primero, y el pragmatismo de mano dura ante las crisis económicas y de seguridad en el caso segundo. La transferencia de liderazgos (de Haya de la Torre a García en el APRA, de Alberto Fujimori a Keiko Fujimori en el “fujimorismo”) logran dar el aliento de largo plazo necesario para la prosperidad del proyecto político.

A la luz de estos casos exitosos de subsistencia política, resulta interesante analizar los casos fallidos de consolidación de una identidad política, como lo expresan la izquierda peruana (el progresismo en su conjunto), así como Perú Posible (a pesar de haber logrado tener acceso a recursos estatales). En el caso del primero, Izquierda Unida se constituyó en un frente electoral que proponía representar políticamente las luchas clasistas de la sociedad peruana. Sin embargo, su emergencia política surgió en un “timing” inadecuado. Muy tarde para representar en términos de clase a una sociedad cada vez más informalizada económicamente, y muy temprano para representar una agenda de renovación de la clase política. Si bien es cierto Izquierda Unida colapsa por discrepancias extremadamente ideológicas al interior de sus coaliciones, la agenda progresista que pretendía representar fue subsumida por proyectos políticos que buscaban representar la insatisfacción social apoyándose en *issues* que correspondían a otras matrices (la seguridad en el caso del fujimorismo, la democratización en el caso de Perú Posible) y que terminaron absorbiendo al electorado que potencialmente hubiera endosado un proyecto progresista distinto a la clase política tradicional (en los noventa) y que representase las demandas descentralistas que son el germen de la conflictividad social de la última década. El viraje programático hacia la derecha del nacionalismo de Ollanta Humala es una nueva oportunidad perdida para representar políticamente la insatisfacción social con un discurso ideológico de izquierda.

El caso de Perú Posible demuestra que el acceso al Estado no es una condición suficiente para crear fidelidades que deriven en una identidad política fuerte, y las limitaciones de vehículos políticos personalistas que pueden cumplir con los requisitos formales de la estructuración de una organización vigente y refrendada ante las autoridades electorales, pero muy débil para tener en la movilización de seguidores incondicionales en base a una causa política. Alejandro Toledo surgió como un candidato que terminó expresando coyunturalmente la agenda de democratización luego del decenio autoritario fujimorista. Es decir, cumplía con una condición importante al representar precisamente la otra división política de un país polarizado. Sin embargo, una vez en el poder no monopolizó la agenda pro-democratización, y respetó un esquema de gobierno –sobre todo en lo económico—con ligeras modificaciones al patrón establecido por la gestión que discursivamente decía oponerse.

De acuerdo con el análisis preliminar demostrado, se puede identificar cuáles son las condiciones para la generación exitosa de identidades políticas. Para ello se han contrastado

casos exitosos como fallidos de intentos de construcción partidaria (APRA y Fujimorismo, con respecto al primero; IU y PP con respecto al segundo). El análisis permite identificar que para generar identidades políticas enraizadas en la ciudadanía se requiere cumplir necesariamente tres condiciones: la representación permanente de pugnas políticas, el acceso al Estado central y la transferencia de liderazgos. A diferencia de lo que proponen perspectivas estructuralistas de la formación de partidos aplicados al Perú (Levitsky, 2011), la representación de pugnas políticas no es suficiente para la formación de identidad políticas enraizadas, si es que –en el caso peruano—no se logra acceso al Estado (lo que permite la aplicación de políticas –coherentes o no, pero efectivas—que pongan a prueba la sintonía entre la prédica discursiva y la acción concreta, y que además sean capaces de transferir liderazgos que conduzcan a una visión de largo plazo para el proyecto político. Los partidos no se forman solamente cumpliendo los reglamentos impuestos por la Ley de Partidos Político, pero tampoco solamente en las divisiones sociales de un país con conflictos sociales vigentes.

**Cuadro 7: Condiciones para la generación de identidades políticas a nivel individual**

<b>Partido</b>	<b>Representación permanente de pugnas políticas</b>	<b>Acceso al Estado (central)</b>	<b>Transferencia de liderazgo</b>	<b>Generación de identidades políticas</b>
APRA	Si	Si	Si	SI
IU	Si	No	No	NO
Fujimorismo	Si	Si	Si	Si
Perú Posible	No	Si	No	NO

Elaboración propia

### **Conclusiones preliminares**

Los procesos electorales de la última década han generado resultados positivos para la institucionalización del sistema de partidos peruano. A pesar de la persistencia de factores que, de acuerdo con la teoría inhiben la formación de partidos políticos, el sistema en su conjunto ya no puede ser catalogado como embrionario, y ha entrado en un proceso de institucionalización tampoco previsto de acuerdo con los cánones establecidos. La disminución de la volatilidad electoral ha conducido a una estabilidad política sin partidos enraizados, pero sí con un establishment electoral que ordena la competencia política. El nivel de personalismo se mantiene, pero los atractivos personales de los candidatos presidenciales



interactúan con un posicionamiento ideológico fácilmente identificable por los ciudadanos. El comportamiento electoral se explica por las consideraciones ideológicas que no requieren de organizaciones políticas estructuradas para ser cohesionadoras de un proyecto político, sino que dependen altamente de la coherencia discursiva de los políticos que encabezan dichas organizaciones.

Un tercer elemento es que, a pesar que una característica de la década ha sido el alto nivel de conflictividad social, ésta no pone en duda la legitimidad del régimen político. La atomización de la protesta social impide que escale al punto de poner en duda la legitimidad del régimen en su conjunto. Si bien es cierto discursos radicales buscan capitalizar este clima en algunas regiones específicas del país –MOVAREDEF es el caso emblemático–, tanto las élites políticas como la ciudadanía muestran su rechazo a estas amenazas a la gobernabilidad. Si las demandas movilizadas se interpretan como potenciales soluciones de representación política por parte de los actores del establishment, la legitimidad del sistema se fortalecerá.

Finalmente, tenemos identidades políticas que inesperadamente subsisten en un contexto paradójicamente sin partidos. El respaldo sorpresivo del fujimorismo proviene de capitalizar su legado autoritario y se encuentra en proceso de institucionalización. A diferencia de los partidos post-autoritarios dictatoriales (como los casos UDI en Chile, ARENA en El Salvador), su estructuración se lleva a cabo en un contexto de post colapso del sistema de partidos, adverso para el enraizamiento de partidos políticos (como el caso frustrado de ADN en Bolivia). Sin embargo, ha generado una identificación ideológica atractiva para el electorado, militancia estable, capacidad de movilización electoral y se ha convertido en un actor legítimo de la política peruana. Paradójicamente la relativa estabilidad de la constelación de organizaciones políticas en el Perú se debe a la división política que ha generado el fujimorismo, quien puede ser identificado como el principal enemigo del sistema que colapsó.

Los hallazgos preliminares de este estudio resultan, evidentemente, contra-intuitivos ante una realidad caracterizada por su fragmentación política. Pero, ¿o los indicadores convencionalmente utilizados por la ciencia política –como volatilidad, voto ideológico, confianza en partidos e identidad a nivel individual—ya no son eficientes para medir estabilidad? ¿O es que se puede hablar de institucionalización de la política careciendo de partidos estructurados como manda la teoría? ¿Qué tipo de realidad tenemos entre manos en

el que la mayoría de analistas ha caracterizado como “en crisis” pero que sin embargo sigue ordenando la competencia electoral bajo patrones ideológicos? Considero que no es posible “la crisis permanente”, y que los hallazgos reportados hasta el momento deben ser interpretados desafiando los corsés teóricos. O la evidencia empírica que demuestro está sesgada o es que la teoría que hemos consumido necesita reformularse.

### **Cuadro 8. Resultados inesperados en el sistema político de una democracia sin partidos**

<b>Consecuencias pronosticadas</b>	<b>Evidencia</b>
Alta volatilidad electoral	Estabilidad sin partidos enraizados
Personalismo > Ideología	Predominio de consideraciones ideológicas
Baja legitimidad	Mejoras en la legitimidad política
Ausencia de identidades políticas	Una creciente parte del electorado con identificaciones políticas fuertes

### **Referencias**

- Cotler, Julio. 1995. “Political Parties and the Problems of Democratic Consolidation in Peru.” In *Building Democratic Institutions: Party Systems in Latin America*, ed. Scott Mainwaring and Timothy Scully. Stanford CA: Stanford University Press.
- Cyr, Jennifer. *From Collapse to Comeback? Explaining the Fates of Political Parties in Latin America*.
- Kitschelt, Herbert. 2000. “Linkages Between Citizens and Politicians in Democratic Polities.” *Comparative Political Studies* 33 (6-7) (September 1): 845–879. doi:10.1177/001041400003300607.
- Levitsky, Steven, y Maxwell A Cameron. 2003. “Democracy Without Parties? Political Parties and Regime Change in Fujimori’s Peru.” *Latin American Politics and Society* 45 (3) (September 1): 1–33. doi:10.1111/j.1548-2456.2003.tb00248.x.
- Luna, Juan Pablo, y David Altman. 2011. “Uprooted but Stable: Chilean Parties and the Concept of Party System Institutionalization.” *Latin American Politics and Society* 53 (2) (June 1): 1–28. doi:10.1111/j.1548-2456.2011.00115.x.
- Mainwaring, Scott, y Timothy R. Scully, eds. 1995. *Building Democratic Institutions: Party Systems in Latin America*. Stanford University Press.
- Mainwaring, Scott, y Mariano Torcal. 2006. “Party System Nstitutionalization and Party System Theory After the Third Wave of Democratization.” In *Handbook of Political Parties*, ed. Richard Katz and William Crotty, 204–227. London: Sage Publications.
- Sanchez, Omar. 2009. “Party Non-Systems.” *Party Politics* 15 (4) (July 1): 487–520. doi:10.1177/1354068809334566.
- Tuesta, Fernando. 2010. *El Sistema De Partidos En La Región Andina. Construcción y Desarrollo (1978-1995)*. Lima: Asamblea Nacional de Rectores.